

251. Es cosa de superrogación si el espíritu de un pueblo que padece y quiere padecer neuralgia nacional y ambición política, se halla ofuscado de alguna que otra nube ó perturbación, si tiene algún acceso de imbecilidad. Así, por el ejemplo, los alemanes de hoy están tocados de la locura antifrancesa, ó de la antisemita, ó de la antipolaca, ó de la cristiano-romántica, ó de la wagneriana, ó de la teutónica, ó de la prusiana (como aquellos testarudos historiadores Sibel y Treitschke); estas son pequeñas nieblas del espíritu y de la conciencia alemana. Se me debe, pues, perdonar á mí si después de vivir tanto tiempo en territorio tan infecto, no me he librado del contagio, y he comen- zado, como los demás, á ocuparme de cosas que no me importan un bledo, primer síntoma de la infección política. Por ejemplo, acerca de los hebreos, ya podéis prepararos. Jamás di con algún alemán á quien los hebreos fueran simpáticos; aunque los juiciosos y estadistas rechacen incondicionalmente el antisemitismo, es de advertir que no se dirigen contra este sentimiento, sino contra su inmoderación y sus manifestaciones vergonzosas. Esto es absolutamente cierto.

La Alemania está harta de hebreos; el estómago alemán se esfuerza (y se esforzará) por digerir la enorme cantidad de hebreos; ya lo hicieron los italianos, los franceses y los ingleses, que tienen la digestión más robusta; he aquí lo que dice claramente la voz del instinto universal, la cual debe tenerse muy en cuenta: «¡No se permita más á los hebreos entrar en Alemania! ¡Ciérrense las puertas, principalmente por la parte del Oriente!» (1). Esto exige el instinto de un

(1) *Oesterreich, Istreich*, significa *Austria ó Imperio de Oriente*.—N. DEL T.

pueblo cuya naturaleza es todavía débil é indeterminada, por lo cual fácilmente podría ser absorbida por otra raza más robusta. Los hebreos son, sin disputa, la raza más vigorosa, más tenaz y más genuina que vive en Europa; saben hacerse camino entre las peores condiciones (quizá mejor que en condiciones favorables), y esto gracias á ciertas virtudes que hoy son tenidas por vicios; gracias, ante todo, á una fe resuelta que no se avergüenza ante las «ideas modernas»; se mudan, si acaso, de la manera que el imperio ruso alarga sus conquistas, es decir, *lo más lentamente posible*. Un pensador que medite acerca del porvenir de Europa, deberá contar con los hebreos y con los rusos como los factores más probables y seguros en la gran lucha.

Lo que hoy en Europa se llama «nación», y que es más bien una «*res facta priusquam nata*» (y que parece *res ficta et picta*), es de todos modos algo que está formándose, una cosa jóven, fácil de suplantar, todavía no es una raza, ni menos algo de *aere perennius*, como son los hebreos: estas naciones debieran guardarse muy bien de toda concurrencia. Es indudable que los hebreos, si quisieran y se vieran obligados, como parece que quieren obligarlos los antisemitas, podrían tener el predominio y aun el dominio en Europa; lo que hay es que no ambicionan tal dominio. Por ahora desean y piden con insistencia ser absorbidos por Europa; tienen sed de morada estable, de ser tolerados y respetados en alguna parte, de poner fin á su vida nómada, al «judío errante»; y convendría tomar en seria consideración tal deseo, tal tendencia (que significa una debilitación de los instintos hebraicos), en lugar de combatirla; mas para hacer esto, sería quizá oportuno alejar del país á todos los grillos

antisemitas. No debe escatimarse con los judíos todas las precauciones imaginables, cierto espíritu de selección, como hizo la nobleza inglesa. Es evidente que sin temor ninguno, los tipos más vigorosos y más firmes del neogermanismo, podrían entrar en relaciones con ellos, por ejemplo, los nobles oficiales de la Marca; sería de gran interés estudiar el cruzamiento del elemento destinado por atavismo para mandar y obedecer—de lo cual es modelo clásico dicho país—con el genio del dinero y de la paciencia (que llevará consigo también un poco de espiritualidad, de la cual hay en aquel país gran carestía). Pero ya es hora de dejar mi alegre divagación patriótica y de tornar á mi *seriedad*, al «problema europeo», como yo le entiendo, es decir, á la formación de la nueva casta que deberá reinar en Europa.

252. Estos ingleses no son una raza filosófica. Bacon significa un atentado contra el espíritu filosófico en general; Hobbes, Hume y Loke un envilecimiento del concepto «filósofo». Contra Hume se levantó Kant; de Locke pudo decir Schelling: «yo desprecio á Locke»; en la lucha contra la cretinización anglo-mecanista del mundo, Hegel y Schopenhauer (con Goethe), enemigos entre sí como hermanos siameses de la filosofía, estaban concordes, aun cuando tendieran á los polos opuestos del espíritu alemán y se hiciesen mutuamente daño. Lo que á Inglaterra falta y falta siempre, sabíalo muy bien aquel semicomediante y retórico Carlyle, cuando trataba de ocultarlo bajo muecas apasionadas: falta á Inglaterra la verdadera *potencia* de intelectualidad, la verdadera *potencia* de la mirada espiritual; en una palabra, la filosofía.

Lo que distingue á semejante raza es el apego rigu-

roso al cristianismo; necesita de su disciplina para la «moralización y humanización». El inglés es más triste, más sensual, más fuerte de voluntad y más brutal que el alemán, y por esto mismo es más piadoso, por esto le es más necesario el cristianismo.

Quien posea un olfato delicado advertirá en este cristianismo inglés el *spleen* y el vicio alcohólico, contra los cuales debe servir de contraveneno; es decir, el veneno más fino contra el más basto; realmente un envenenamiento refinado denota ya un progreso, un paso hacia la intelectualidad en un pueblo rudo. La grosería inglesa y su gravedad rústica, bajo la máscara de la mímica cristiana, de la oración y del rezo, llegan á hacerse soportables; y en aquel rebaño de brutos ebrios y disolutos, que, como antiguamente con el metodismo, así ahora gruñen con el «ejército de la salvación», puede acontecer que los espasmos de la penitencia representen el máximo posible de «humanismo». Pero lo que se advierte desde luego en el inglés más humanizado, es su total carencia de sentimiento musical (con metáfora ó sin ella). A los movimientos de su alma y á los de su cuerpo falta el ritmo y aun la idea de ritmo. Miradle cuando habla; obsérvese el modo de *andar* de las más graciosas *mises*—son hermosas palomas y cisnes—y ahora escuchad su canto... Pero yo estoy pidiendo gollerías...

253. Los cerebros mediocres son los mejores para percibir ciertas verdades que son más conformes á su inteligencia que á la de los hombres superiores. Así lo demuestra la influencia preponderante ejercida en el gusto de las medianías europeas por ciertos ingleses muy respetables, pero de mediocre inteligencia, como Darwin, Stuart Mill y Herberto Spencer.

¿Y quién duda que sea muy útil el advenimiento de tales espíritus? Sería un error el creer que precisamente los espíritus superiores, los cuales andan por senderos inaccesibles á los demás, posean habilidad suficiente para recoger los pequeños hechos vulgares y estudiarlos. Por el contrario; representando estos hombres la excepción, hállanse en posición desairada respecto de la «regla». Además, ellos no han nacido solamente para conocer, sino que deben *ser, expresar algo nuevo, representar* nuevos valores. El abismo que hay entre el saber y el poder es quizá más profundo y más funesto de cuanto se cree; el que tiene *poder*, estilo grandioso, espíritu creador, quizá sea un ignorante, mientras que los descubrimientos científicos á *la Darwin* exigen cierta estrechez de miras, cierta aridez de espíritu, cierta pedantería, muy conforme al carácter inglés. No se olvide, finalmente, que ya una vez los ingleses ocasionaron con su mediocridad una depresión general del espíritu europeo; las llamadas «ideas modernas» ó «ideas del siglo XVIII» ó «ideas francesas», contra las cuales se rebeló el espíritu alemán con cierta náusea, son de origen inglés, no cabe dudarlo. Los franceses no hicieron más que parodiarlas y ponerlas en escena y ser los primeros víctimas. Porque bajo la influencia maléfica de esta anglo-manía, el alma francesa ha concluido por debilitarse y enflaquecer hasta el punto de que ya no conserva recuerdo de su antigua fuerza, apasionada y profunda, de sus siglos de oro XVI y XVII. Mas de cualquier modo, conviene tener presente este principio de equidad histórica: que la nobleza europea, la nobleza del sentimiento, del gusto y de las costumbres, es obra y creación *francesa*; y la vulgaridad europea, el plebeísmo de las ideas modernas, es invención *inglesa*.

254. Todavía hoy es Francia el asiento de la cultura más intelectual y más refinada de Europa; pero es menester saber hallar á esta «Francia del buen gusto». Los que la forman, permanecen cuidadosamente escondidos. Está compuesta de un corto número de personas, en su mayor parte fatalistas misántropos, enfermos, afeminados, intelectuales, envidiosos, que se jactan de esconderse. En una cosa están todos conformes: en taparse bien los oídos para no escuchar las solemnes necedades y el vocerío estrepitoso del burgués democrático. En realidad de verdad, la Francia que se agita en la escena, es una Francia enana y grosera, es la Francia que en los funerales de Víctor Hugo, desfogó en una orgía su mal gusto de autoglorificación. En otra cosa también están conformes: en la buena voluntad de oponerse á la *germanización* espiritual, y en una absoluta incapacidad de llegar á este fin. Hoy en la Francia del buen gusto, Schopenhauer es más conocido que jamás lo fuera en Alemania; y no hablemos de Enrique Heine, que se ha inoculado en la sangre de los líricos más pretenciosos de París; ni hablemos de Hegel, el cual, bajo la forma de Taine—el *mayor* historiador—ejerce una influencia tiránica. Y en cuanto á Wagner, la música francesa, á medida que se va impregnando del alma moderna, va siendo más wagneriana, y ya lo es en abundancia.

Sin embargo, de tres cosas pueden estar orgullosos los franceses, como propiedad suya indiscutible, como característica indeleble de una superioridad de cultura sobre el resto de Europa, á despecho de la voluntaria ó involuntaria germanización y plebeización del gusto.

En primer lugar, sus aptitudes para las pasiones artísticas, su adoración de la «forma», su «*arte por el*